

“Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 15:5-6).



([MANUEL SARRIAS](#) , 07/03/2011) La mayoría de Iglesias Evangélicas, aunque unidas en Federaciones por lo general, son autónomas, interdependientes y tienen un gobierno congregacional, sometiéndose a la decisión de la Asamblea General la toma de determinados acuerdos en aquellos asuntos no definidos en sus principios y confesiones de fe, generalmente por mayoría y, en algunas y deseadas ocasiones, por unanimidad.

Cuando hablamos de mayorías no nos referimos a casos como la nota enviada a cierta persona hospitalizada que decía así: “las Comisión de Visitación y Fraternidad de la iglesia ha aprobado, por siete votos a favor, dos en contra y una abstención, el acuerdo de desearle una pronta mejoría”. Ni en nuestras reuniones buscamos unanimidades como ocurrió al término de una ardua y tediosa sesión eclesial en la que quien presidía se dirigió a los asistentes diciendo: “Este Presidente está agotado. El Secretario de Actas está agotado. Todos vosotros, hermanos, estáis agotados. ¡Por fin hemos logrado la unanimidad!”

Algunas unanimidades son sospechosas, incluidas ciertas aclamaciones. Recuerdo que en unas votaciones hace bastantes años en un país no caracterizado precisamente por su democracia las autoridades informaron que en la consulta del dictador se había dado un resultado que superaba al cien por cien de los votantes. Milagros de las adhesiones inquebrantables (o que hubo gente que votó más de una vez. O vaya usted a saber...). Lamentablemente, en demasiados casos no excesivamente lejanos, hay mayorías políticas de pura conveniencia, en demasiadas ocasiones con fondos de corrupción, que buscan más los intereses personales y de partido que el bien común del conjunto de ciudadanos (no en vano en las últimas encuestas la clase política es una de las mayores preocupaciones de los

españoles, lo que produce una profunda desafección. Igualmente hay bastante que no quiere saber nada de iglesias y religión, dado el estilo de vida de muchos seguidores de Jesús, y especialmente determinadas organizaciones eclesíásticas, que a lo largo de la Historia en poco o nada han marcado una diferencia a favor de la libertad, la justicia, el progreso y el amor, sino más bien se han distinguido por su ansia de poder, dominio, fanatismo e intransigencia. Con razón este tipo de religión, que nada tiene que ver con las enseñanzas y la vida de Cristo, ha sido llamado “opio del pueblo”).

Lo cierto es que, a cualquier esfera, muy pocas veces llueve a gusto de todos. Y cuando raramente ocurre, en una situación de normalidad, es la excepción que confirma la regla. No obstante, siempre resulta muy importante saber quién ejerce o de dónde viene la oposición. En el caso de Jesús de Nazaret había un tipo de oposición malintencionada y cruel que no cejó hasta condenarlo a la ejecución (aunque como creyentes tengamos una visión más amplia dentro de los planes eternos de Dios). Sería preocupante y para hacernos reflexionar que la disconformidad nos viniera de personas de trayectoria seria, equilibrada, prudente y servicial. De los que hablan la verdad en amor. Por contrario, la perspectiva es muy distinta cuando es una oposición sistemática que proviene de personas que necesitan el conflicto y el continuo debate, o que acostumbran a ver la paja en ojo ajeno, o que intentan mantener el protagonismo y la influencia a toda costa. Y aunque en alguna ocasión puedan tener razón, su actitud y comportamiento habitual ya es una sinrazón. Ciertamente no resulta agradable tener esa clase de personas, pero hay que tomarlo como una espina que está ahí y que tal vez el Señor nos pone para ejercitar paciencia, templanza, humildad, incluso el amor fraternal, intentando marcar las distancias con firmeza, procurando ser un reflejo de nuestro Padre celestial.

Aclaremos que unanimidad no es uniformidad. Como miembros de FEREDE no dudamos en reiterar que afirmamos la necesidad de preservar la libertad de conciencia y por eso aceptamos diferencias entre nosotros, además de considerarnos parte del pueblo de Dios, sin monopolios ni exclusivismos, apoyando lo nuestro sin ir en contra de nadie, tratando siempre de inspirar y nunca de imponer. Aprender a saber discrepar con tolerancia, elegancia y cordialidad. Y tomarnos un café tras el debate. Y continuar siendo amigos. Y hermanos en la fe. E intentar comprender el punto de vista del otro en tantas cuestiones opinables que no son, precisamente, dogma de fe. Y respetarnos. Y enriquecernos mutuamente en la variedad. Y buscar siempre caminos de entendimiento. Y pedirle a Dios no tanto que bendiga lo que hacemos sino más bien al contrario, que hagamos lo que Él bendice. Unidad en la diversidad y diversidad en la unidad.

Pero para alcanzar unanimidad como cristianos, para experimentar “ese mismo sentir que hubo en Cristo Jesús”, es necesario una bases espirituales auténticas, de convicciones cristianas firmes, de madurez, de visión. De vivir una vida cristiana abundante, de hondura. De

reconocer nuestra debilidad y contradicciones. De oración y búsqueda constante del Señor. De lectura y reflexión de la Palabra. De amor fraternal sincero. De sabernos “conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios”. Y que es muchísimo más lo que nos une que lo que nos puede separar.

Que nada ni nadie nos distraiga de lo importante. No olvidando que la unidad que en un sentido ya ha sido dada en Cristo, necesita ser guardada, promovida, fomentada, mantenida y reforzada. Para que en nuestras Iglesias, en nuestras Asambleas y Convenciones, en FEREDE, se pueda experimentar lo que aquella primera congregación cristiana en Jerusalén: “y los que habían creído eran de un corazón y un alma”.

{loadposition sarrias}